

# El gran tablero<sup>1</sup> de la vida

José Irazu Garmendia (Asteasu, Guipúzcoa, 1951), conocido con el seudónimo de **Bernardo Atxaga**, es un escritor español vasco. Su obra abarca cuento, novela, poesía y ensayo. Ha sido escrita y publicada íntegramente en euskera. Es el escritor en euskera más leído y traducido.

**Obabakoak** es el libro en euskera de mayor éxito internacional y ha sido traducido a numerosos idiomas. La traducción al castellano es responsabilidad del propio autor. *Obabakoak*, en euskera, significa 'los de Obaba', una pequeña población vasca ficticia donde la fantasía y la realidad se funden. La obra recrea un mundo mágico y mítico que invita a la reflexión literaria. El libro se compone de varios cuentos, la mayoría de los cuales se sitúan en Obaba. En una acción marco -un viaje hacia Obaba, a una reunión en la que se van a narrar historias- se insertan 26 relatos independientes y únicos. Enlaza así Atxaga con una tradición narrativa muy anterior, la de la narración enmarcada cuyos exponentes principales podrían ser *Las mil y una noches*.

Hace mucho tiempo, cuando aún éramos jóvenes y verdes, un hombre de bigote y gorra a cuadros llegó a la escuela primaria donde estudiábamos y con gesto muy serio nos anunció que venía a hacernos la primera foto colectiva de nuestra vida. Le escuchamos entre risas, porque su aspecto nos hacía mucha gracia, sobre todo lo de la gorra, y también porque nunca hasta entonces habíamos oído la expresión *foto colectiva*; luego, pisando charcos<sup>2</sup> y lanzando nuestras carteras al aire, seguimos a la maestra hasta los soportales<sup>3</sup> de la iglesia.

Hubo pellizcos<sup>4</sup>, tirones de pelo y otros incidentes mientras nos adecentaban<sup>5</sup>, pero, al final, tras colocarnos en unas escaleras de piedra, todos los niños y niñas del pueblo que en aquella época teníamos alrededor de nueve años quedamos retratados; unidos para siempre los que, como viajeros con distintos destinos, entraríamos poco después en la corriente de la vida y nos separaríamos por completo.

Una semana después, el fajo<sup>6</sup> de fotografías estaba ya en la escuela, y todos queríamos ver cómo habíamos salido. Allí estábamos, serias las niñas pequeñas y más serios aún los chicos no tan pequeños, con una gravedad digna de estatuas romanas. La maestra repartió<sup>7</sup> las copias del fajo, y nos aconsejó que las conserváramos. Que más adelante, cuando tuviéramos su edad, por ejemplo, nos alegraríamos mucho de poder echar un vistazo a una foto como aquella. Y nosotros, como buenos alumnos, la guardamos<sup>8</sup>; y, nada más guardarla, nos olvidamos de ella. Porque, como ya se ha dicho, en aquella época éramos jóvenes y verdes, y no sentíamos ninguna preocupación por el pasado.

Pasaron inviernos y veranos, y como quienes toman parte en el juego de la oca<sup>9</sup>, nos fuimos alejando de nuestra casilla<sup>10</sup> inicial: avanzando ligeramente, unas veces, saltando de oca en oca; desviándonos, otras veces, de los paisajes luminosos, cayendo en cárceles o en infiernos. Llegó así el día en que nos levantamos de la cama y comprobamos en el espejo que ya no teníamos nueve años, sino veinte o veinticinco más; que, aun siendo todavía jóvenes, ya no éramos verdes. Y según había predicho la maestra, nos acordamos de aquella primera foto colectiva de nuestra vida.

La sacábamos de vez en cuando de entre los viejos cuadernos, y le rogábamos que nos revelara el sentido de la existencia. Y el retrato hablaba, por ejemplo, de dolor, y nos pedía que nos fijáramos en aquellas dos hermanas, Ana y María, detenidas para siempre en la casilla número doce del Gran Tablero; o que pensáramos, si no, en el destino de José Arregui, aquel compañero nuestro que, de ser un niño sonriente en medio de la escalera de piedra, había pasado a ser un hombre torturado, y luego muerto, en una comisaría. Pero no siempre había tristeza en las respuestas de la foto. Generalmente, se limitaba a subrayar el viejo dicho de que vivir es mudar<sup>11</sup>, y nos hacía sonreír con las paradojas que resultaban de esa mudanza. Manuel, nuestro mejor guerrero a la hora de luchar contra las chicas de la escuela secundaria, había acabado por casarse con una de ellas, y tenía fama de marido sumiso. Martín y Pedro María, dos hermanos que jamás asistían a las clases de catecismo, se habían hecho misioneros, y vivían los dos en África.

Bernardo Atxaga, *Obabakoak*, 1989

<sup>1</sup> El gran tablero: *le grand échiquier*

<sup>2</sup> El charco: *la flaque*

<sup>3</sup> Los soportales: *le porche*

<sup>4</sup> El pellizco: *le pincement*

<sup>5</sup> Adecentar: *mettre en ordre*

<sup>6</sup> El fajo: *la liasse*

<sup>7</sup> Repartir: *distribuer*

<sup>8</sup> Guardar: *ranger*

<sup>9</sup> El juego de la oca: *le jeu de l'oie*

<sup>10</sup> La casilla: *la case*

<sup>11</sup> Mudar = cambiar